

# (Trans) fronteriza

# N31

Noviembre  
/ Diciembre  
2025

Migraciones en movimiento:  
nuevas realidades y desafíos  
en la investigación de campo

Participan en este número: Stephanie Gutiérrez Rangel,  
Pia Berghoff, Ana María Chávez, Carlos Lemus Ramírez,  
Kelly Johana Henao Castrillón, Ana Lucía Fernández Fernández,  
Abigail Weitzman, Martha Cecilia Ruiz M, Cristina Gómez Johnson

Boletín del Grupo de Trabajo:

Migraciones y Fronteras Sur-Sur



(Trans)fronteriza no. 31 : migraciones en movimiento : nuevas realidades y desafíos en la investigación de campo / Susanne Willers ... [et al.]. – 1a ed. – Ciudad Autónoma de Buenos Aires : CLACSO, 2026.

Libro digital, PDF – (Boletines de grupos de trabajo)

Archivo Digital: descarga y online

ISBN 978-631-308-290-2

1. Personas Migrantes. 2. Trabajadores Migrantes. 3. Política Migratoria. I. Willers, Susanne  
CDD 301



#### Colección Boletines de Grupos de Trabajo

Director de la colección – Pablo Vommaro

#### CLACSO Secretaría Ejecutiva

Pablo Vommaro – Director Ejecutivo

Gloria Amézquita – Directora Académica

María Fernanda Pampín – Directora de Publicaciones

Gustavo Lema – Director Comunicación e Información

#### Equipo Editorial

Lucas Sablich – Coordinador Editorial

Solange Victory – Producción Editorial

Valeria Carrizo y Darío García – Biblioteca Virtual

#### Equipo de Investigación y Grupos de Trabajo

Magdalena Rauch – Coordinadora

Marta Paredes, Rodolfo Gómez, Luna González y Teresa Arteaga

#### Equipo Comunicación e Información

Noelia Croci – Coordinadora Redes Sociales

Renata Maestrovicente – Diseñadora Gráfica

#### Coordinadora

Susanne Willers

#### Comité Editorial

Carlos Alberto González Zepeda, Bruno Miranda, Carolina Aguilar Román,  
Héctor Parra García

© Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales | Queda hecho el depósito que establece la Ley 11723.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su almacenamiento en un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio electrónico, mecánico, fotocopia u otros métodos, sin el permiso previo del editor.

La responsabilidad por las opiniones expresadas en los libros, artículos, estudios y otras colaboraciones incumbe exclusivamente a los autores firmantes, y su publicación no necesariamente refleja los puntos de vista de la Secretaría Ejecutiva de CLACSO.

#### CLACSO

Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales  
Conselho Latino-americano de Ciências Sociais

Estados Unidos 1168 | C1023AAB

Ciudad de Buenos Aires | Argentina.

Tel [54 11] 4304 9145

Fax [54 11] 4305 0875

clacso@clacsoinst.edu.ar | <www.clacso.org>

## Contenido

Presentación.....	4
<i>Susanne Willers</i>	
“Así la vi... Caminar y esperar”: reflexiones del trabajo de campo en la Ciudad de México.....	7
<i>Stephanie Gutiérrez Rangel</i>	
Tres reflexiones sobre la posicionalidad y la in/movilidad en el cambiante contexto de Tijuana, México.....	11
<i>Pia Berghoff</i>	
Breve reflexión sobre los aspectos éticos en el trabajo de campo con migrantes en tránsito por México.....	15
<i>Ana María Chávez y Carlos Lemus Ramírez</i>	
Desafíos, metodología y dilemas éticos durante la investigación de campo en el Darién, Panamá.....	19
<i>Kelly Johana Henao Castrillón</i>	
Retos para investigar la movilidad humana en Centroamérica en contextos de políticas migratorias en retroceso.....	26
<i>Ana Lucía Fernández Fernández y Abigail Weitzman</i>	
Sujetos móviles, luchas sociales y los desafíos de investigaciones de “campo” en tiempos hostiles.....	31
<i>Martha Cecilia Ruiz M.</i>	
Ética y metodología en contextos violentos: aprendizajes desde el campo en México, Centroamérica, Colombia y Chile.....	35
<i>Cristina Gómez Johnson</i>	
Política Editorial.....	39

## Presentación

Susanne Willers\*

La edición 31 del Boletín (Trans)fronteriza reúne una amplia gama de reflexiones sobre experiencias de investigación en el campo de las migraciones, las fronteras y las movilidades a lo largo del continente americano. Con la finalidad de ofrecer un espacio de reflexión sobre las nuevas realidades a las que nos enfrentamos como investigadoras de estos movimientos marcados por una creciente vulnerabilidad producida política y estructuralmente, así como ante los constantes cambios en los contextos de tránsito, recepción y acogida en los últimos años, hemos reunido aquí diversas perspectivas que ponen luz sobre las dificultades encontradas en la investigación social sobre temas de migración en las Américas.

En este trabajo reflexionamos sobre los retos de la investigación en los contextos actuales y abordamos cuestiones éticas, metodológicas y prácticas. A menudo, es difícil prever los retos que surgen en el terreno de la investigación. En el campo de las migraciones, donde las dinámicas cambian constantemente, esto se ha vuelto aún más complejo. Hay aspectos que difícilmente pueden prepararse con antelación. Esto se pone de manifiesto cuando nos encontramos con nuestras y nuestros interlocutores en unas condiciones marcadas por la creciente violencia, la securitización y militarización de las rutas, y criminalización de las migraciones y de las personas migrantes. Durante la investigación no sólo interactuamos con actores diversos, desde institucionales a poblaciones locales y migrantes en un campo en constante movimiento, sino también, nos convertimos en testigos de las dinámicas marcadas por violencia(s), atropellos a los derechos básicos y las vejaciones.

¿Cómo nos posicionamos ante ello y cuál es nuestro papel como investigadoras? ¿Cómo podemos afrontar los dilemas y posibles conflictos éticos que pueden surgir? ¿Cómo justificamos nuestras actividades científicas en un contexto en el que se amenazan las vidas de personas altamente vulnerables y cómo informamos sobre lo que observamos? ¿Qué lugar damos a las y los participantes de la investigación? ¿Cómo se logra hacer una investigación retributiva, participativa e interactiva, o más ética y representativa? Estas son sólo algunas preguntas sobre las que reflexionan las participaciones que se presentan aquí y que dan cuenta de la multitud de experiencias a lo largo del continente de América Latina: desde Chile y Ecuador, de Colombia a Panamá y de Costa Rica hasta México. Con ello queremos invitar a la reflexión de nuestro quehacer como científicas en un campo de investigación complejo y diverso.

Comenzamos con una reflexión de Stephanie Gutiérrez Rangel sobre su experiencia en el trabajo de campo realizado en la Ciudad de México en 2024, donde llevó a cabo una investigación etnográfica en un asentamiento informal de migrantes forzados de Haití y otros países, ubicado en la plaza Río de Janeiro, en el centro de la ciudad. En este lugar, fue testigo del impacto que tuvo la creación de una «frontera digital» implementada a través de la aplicación *CBP-One*, así como de las consecuencias que esto tuvo para la población de

---

\* Doctora en Ciencias Políticas y Sociales por la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM), México. Maestra en Sociología por la Universidad Libre de Berlín, Alemania. Actualmente es posdoctorante en el Instituto de Estudios Latinoamericanos de la Universidad Libre de Berlín y coordinadora del proyecto de investigación «Quedar, seguir o permanecer: analizar las estrategias de vida de personas migrantes forzadas en cuatro países: México, Colombia, Turquía y Jordania». Contacto: [susanne.willers@fu-berlin.de](mailto:susanne.willers@fu-berlin.de).

estudio. Su reflexión se centra en las tensiones que ella observó como consecuencia de la creación de las fronteras racializadas del régimen migratorio actual.

Pia Berghoff reflexiona sobre su investigación doctoral en Tijuana (2022-2023), ciudad fronteriza con Estados Unidos, y sobre la problemática de la posicionalidad en el campo, tomando como tema central la (in)movilidad para comprender la tensión existente entre los recursos económicos y simbólicos, los privilegios y la fluidez de los regímenes de control. Ante los constantes cambios del régimen de movilidad, reflexiona sobre su propia experiencia y la de sus interlocutoras, que ponen de manifiesto estas dinámicas de desigualdad.

Un tema central en el debate sobre la investigación en el campo de la migración forzada es la retribución material. Ana María Chávez y Carlos Lemus cuentan su experiencia en México con las normas institucionales, pero también con los aspectos prácticos del campo: ¿cómo retribuir de manera digna, ética y adecuada? La cuestión clave a considerar es cómo, cuánto y de qué forma se puede retribuir a los participantes del estudio para que no sea un incentivo, sino una recompensa.

Sobre el contexto en la frontera de Panamá con Colombia, Kelly Henao Johanson reflexiona sobre su experiencia de investigación doctoral en la región del Darién y en las estaciones migratorias de Lajas Blancas y San Vicente, Panamá, en 2023. Nos narra cómo las condiciones que se encontró en el terreno le hicieron reflexionar y adaptar tanto su estrategia metodológica como las cuestiones éticas y de autocuidado. Al ser mujer en un territorio marcado por actores institucionales formales e informales, experimentó las inseguridades y los peligros potenciales que conlleva la investigación en el campo de la migración forzada.

Ana Lucía Fernández Fernández y Abigail Weitzmann hablan sobre su proyecto internacional de cooperación en Centroamérica, particularmente en Costa Rica, y sobre cómo les afectaron los recortes y los cambios en la política migratoria de Estados Unidos, lo que las llevó a replantearse la forma de llevar a cabo su proyecto e incidir de manera responsable. Las autoras plantean algunas acciones que han desarrollado en colaboración con otros actores para garantizar que su proyecto contribuya a mejorar la situación de la población migrante forzada en la región.

Martha Cecilia Ruiz M. escribe sobre su experiencia en un proyecto *multisituado* y colaborativo con organizaciones de migrantes en Ecuador y México para comprender las luchas de migrantes desde las propias organizaciones. Ella parte de una crítica a las investigaciones académicas sometidas a la presión de producir publicaciones, pero no de entablar un diálogo con los sujetos del estudio, y reflexiona sobre cómo se logra un proyecto colaborativo que posibilita el diálogo y la retribución. Nos presenta dos reflexiones cruciales: una sobre los tiempos de la academia y la violencia institucional, y otra sobre la necesidad de cuestionar los conceptos que utilizamos, ya que el propio concepto de «migrante» resulta de un proceso de la construcción de la otredad, mientras que en la realidad prevalecen actores políticos híbridos en el campo social de la lucha contra las desigualdades.

Cristina Gómez Johnson nos invita a reflexionar sobre las responsabilidades que conllevan el acto de preguntar, escuchar y escribir. Ella pregunta ¿qué tipo de relación se establece con

quienes participan? Nos habla de la dificultad de narrar adecuadamente y de los silencios que se deben respetar en esa labor: la violencia atraviesa la investigación y crea silencios que deben respetarse como estrategias de (auto)cuidado. Mediante ejemplos de su trabajo de campo en México, Chile y El Salvador, nos muestra la complejidad de la investigación y la importancia de cuidar las relaciones que se construyen sobre el terreno y de respetar los silencios que se encuentran.

Finalmente, esperamos que el Boletín y las contribuciones enriquezcan el diálogo. Todas las opiniones y reflexiones expresadas en este boletín son responsabilidad de las y los autores. Agradecemos a las y los autores que contribuyeron al número 31 del Boletín (Trans)fronteriza, y esperamos que la discusión que se desarrolla aquí pueda ayudar a reflexionar y a contribuir a futuras investigaciones sobre los retos del campo, así como a la reflexión sobre la investigación empírica de las migraciones en las Américas.

## “Así la vi... Caminar y esperar.” Reflexiones del trabajo de campo en la Ciudad de México

Stephanie Gutiérrez Rangel\*

“Camina, camina, marche, marche” resuena en la voz cálida de la cantante dominicana Xiomara Fortuna en su canción *África vive en mí*, una pieza cargada de fuerza vital que evoca las raíces africanas y caribeñas. Su canto se erige como un puente entre el pasado y el presente, donde la memoria viva de la diáspora africana dialoga con las experiencias actuales de la movilidad humana. De manera simbólica, la canción refleja la travesía contemporánea de miles de personas migrantes provenientes de Haití, *la perla de las Antillas*, así como de distintos países latinoamericanos y de otros continentes, que atraviesan hoy las Américas a pie en busca de una mejor vida.

Este fenómeno se inscribe en un contexto marcado por la continuidad de políticas migratorias enfocadas en la detección, detención y deportación, como analiza Jan Jarab, relator de las Naciones Unidas en materia de Derechos Humanos en México en 2017, articuladas con estrategias de demora, disuasión (Marta Rojas-Wiesner, 2023) y de espera e inmovilidad forzada (Bruno Miranda, 2023). En la actualidad, a la militarización y externalización fronteriza hacia el territorio mexicano se suma un nuevo desplazamiento del control migratorio más allá del espacio físico, mediante la creación de una frontera digital. En esta era, la incorporación de herramientas tecnológicas por parte del gobierno estadounidense, como la aplicación *CBP-One*, anuda la frontera física con el espacio digital, operativizando y amplificando el control sobre los flujos migratorios a través de la tecnovigilancia. Este mecanismo intensifica la duración de la espera forzada fuera de las zonas fronterizas, aumenta la exposición y la intensidad de diversas formas de violencia, y obliga a las personas migrantes a enfrentar un sistema digital programado para excluir. Al mismo tiempo, se exacerba la criminalización de la migración irregular y la persecución de las personas migrantes provenientes del Sur Global.

Fue en este contexto que llevé a cabo un proyecto de investigación sobre el asentamiento de espera improvisado de personas migrantes provenientes de Haití en la Plaza Giordano Bruno, en la Ciudad de México, entre los meses de marzo y mayo del año 2024. Este trabajo ha significado un proceso constante de reflexión sobre mi *lugar de fala*, mi lugar de enunciación, en el sentido planteado por Djamila Ribeiro, filósofa brasileña, reconociendo que mi mirada estaba atravesada por mi posición como mujer, hetero, *mestiza*, estudiante de posgrado y migrante colombiana residente en Alemania. A partir del trabajo etnográfico, este texto busca compartir los principales desafíos que enfrenté durante el trabajo de campo, las estrategias metodológicas y éticas empleadas para afrontarlos, y algunas reflexiones finales ante los retos que hoy nos interpelan como investigadoras e investigadores del fenómeno migratorio.

Encontrarme frente a la magnitud y la complejidad de un fenómeno de tan grandes dimensiones humanas y sociales constituyó el primer gran reto de esta investigación, pues se trataba de un escenario que, si bien me resultaba familiar, no me era del todo cercano, tanto

---

\* Trabajadora social de la Universidad Nacional de Colombia (UNAL), Colombia. Actualmente es Estudiante del Máster en Estudios Latinoamericanos por la Universidad de Hamburgo (UHH), Alemania. Contacto: [stephanie.gutierrez.rangel@studium.uni-hamburg.de](mailto:stephanie.gutierrez.rangel@studium.uni-hamburg.de).

por sus dinámicas sociales y urbanas como por las experiencias de movilidad que lo atravesaban. Ello me confrontó con mis propios límites de comprensión y con las intuiciones construidas previamente a través de noticias, informes, o literatura y la participación en espacios académicos.

Frente a este desafío, opté por recorrer diversas zonas y asentamientos en la ciudad que emergieron en respuesta a las dinámicas de espera forzada y la irregularidad provocada, observando la interacción entre actores institucionales, organizaciones sociales y residentes locales. Este ejercicio me permitió identificar dinámicas clave y reconocer los espacios que podrían ofrecer condiciones mínimas de seguridad, tanto para la comunidad como para mí, considerando que realizaba el trabajo de campo sola. Para ello, busqué establecer redes de apoyo con personas a quienes les informaba sobre las visitas y movimientos; evité registrar información sensible y, ante todo, garantizar la confidencialidad y privacidad de las personas. Una forma concreta de hacerlo fue evitar el uso de cámaras, teléfonos o grabadoras durante las visitas. Las pocas veces que consideré necesario tomar fotografías, fueron de objetos y siempre con autorización expresa. A diferencia de ello, la prensa, transeúntes, habitantes del sector, influenciadores, algunos estudiantes, incluso autoridades registraban de manera constante el lugar mediante fotos y vídeos, convirtiendo la cotidianidad de estos espacios en una exposición permanente que vulnera la intimidad, privacidad y dignidad de las personas que los habitan.

El segundo desafío consistió en el acercamiento a una población que enfrenta condiciones de vulnerabilidad durante la inmovilidad y la espera forzada desde mi posición privilegiada en el marco de ese escenario. En este caso es inevitable observar las tensiones derivadas de la relación asimétrica entre investigadora y participantes. Relación que está atravesada por múltiples ejes de diferencia, como género, clase, la pertenencia étnico-racial, estatus y procedencia migratoria, religión, las cuales se hacían evidentes en las interacciones cotidianas, traduciéndose en preguntas como:

¿por dónde entraste? ¿llegaste en avión? o en afirmaciones como: “tú no vas a querer vivir así”, “tú no lo vas a entender, sabes por qué, porque cuando tú pasas por algo, es que tú lo vas a entender [...] no te puedes poner en los zapatos de nadie porque realmente no lo padeces igual, nadie padece igual las cosas” (Fragmento de entrevista, mujer venezolana, 2024).

Esto me permitió comprender dos aspectos importantes: primero, la asimetría de poder entre investigadora y participante condiciona y atraviesa constantemente el proceso de investigación; por ello, es necesario ser consciente de su existencia y de las implicaciones que irremediablemente conlleva. Segundo, al ser dicha asimetría parte constitutiva del encuentro, se requiere adoptar una postura empática y sensible que reconozca tanto la singularidad de cada experiencia como la agencia de las personas participantes, quienes poseen recursos y capacidades para analizar, gestionar e interpretar sus propias realidades. Esta postura se sustenta en la flexibilidad, el respeto por los tiempos, espacios y ritmos de las personas y en una escucha activa que permita comprender los significados y estrategias que emergen en sus experiencias cotidianas.

Durante las interacciones, las personas migrantes me enseñaron que tenía que mirar más allá de las circunstancias inmediatas y que no debían ser reducidas a víctimas pasivas. Sus trayectorias de vida y migratorias les habían permitido acumular capitales, conocimientos y

habilidades que les permitían sostenerse y enfrentar obstáculos, incluyendo la inmovilidad forzada y regímenes migratorios restrictivos. Esta experiencia evidenció que si bien, la investigación no logra transformar de manera inmediata las condiciones materiales, sí puede aportar para una comprensión profunda que permita cuestionar los marcos de interpretación propios y disputar los discursos oficiales desde los cuales estas realidades son narradas y pensadas.

En palabras de Silvia Rivera Cusicanqui “la gente no solo vive para que uno se lo piense, sino que vive para también reflexionar y pensar sobre sí misma, para entender sus realidades. La gente vive y piensa sobre lo que vive, interpreta lo que vive, tiene intuiciones profundas de la situación política, sabe cuándo callarse y cuándo hablar, sabe con quién hablar y con quién desconfiar y alejarse, piensa seriamente la política, piensa en cómo sobrevivir en situaciones de discriminación y de odio.” Un ejemplo de esto se manifestó cuando una mujer afrocaribeña me dijo: “Tú si tienes suerte, tú no eres negra, yo no entiendo cuál es el problema por el color de piel, si todos tenemos el mismo corazón” (Conversación con una mujer afrocaribeña, 2024). Este intercambio evidenció que, incluso siendo extranjeras en México, el discurso del mestizaje podía otorgarme ventajas frente a personas que enfrentaban perfilamiento racial por parte de agentes estatales, pues, no es lo mismo ser migrante a ser migrante negro, musulmán, etcétera. Por otro lado, siguiendo a Ramón Grosfoguel y de la mano del mencionado fragmento, las migraciones contemporáneas revelan con crudeza la persistencia de una línea abismal que divide a la humanidad entre quienes son vistos como sujetos de derechos y quienes son relegados a la zona de no-ser. Las experiencias de las personas migrantes racializadas, disidentes de género, empobrecidas exponen esta frontera epistémica y ontológica: sus cuerpos son controlados, vigilados y disciplinados, mientras sus saberes y estrategias de vida permanecen invisibilizados.

Por todo lo anterior, es relevante continuar impulsando el trabajo de investigación empírica que reconozca la humanidad, las demandas y las vivencias de las personas migrantes, en un contexto donde las narrativas antinmigrantes operan como dispositivos de deshumanización y exclusión. En este sentido, el acompañamiento cotidiano, brindar apoyo en situaciones concretas, practicar una “etnografía de la espera”, así como, la escritura, la investigación y la denuncia también constituyen actos políticos. Acercarse al terreno y documentar los relatos no sólo resulta esencial para generar aportes que puedan incidir en la formulación de políticas públicas más contextualizadas y en sintonía con los derechos humanos y los acuerdos internacionales suscritos, sino también para rescatar y visibilizar aquellas experiencias que las políticas migratorias restrictivas y los discursos discriminatorios, xenófobos, racistas y aporofóbicos buscan silenciar o invisibilizar.

Las experiencias de las personas migrantes en la Ciudad de México y en otras partes del mundo, muestran cómo el poder se resiste no solo a imaginar, sino también a aceptar que la migración constituye una dimensión inherente de la humanidad: una expresión constante de movimiento, búsqueda y de la riqueza del encuentro. Asimismo, evidencian que las personas migrantes no son sujetos pasivos de la historia, sino agentes que actúan, resisten y elaboran estrategias cotidianas para enfrentar la precariedad, el racismo y las fronteras físicas y digitales impuestas. Reconocer y documentar estas historias, desde una práctica ética y reflexiva, implica disputar los silencios históricos y epistemológicos que las rodean, y

afirmar, como advierte el antropólogo Michel-Rolph Trouillot, que lo impensado no es lo inexistente, sino aquello que el poder se niega a aceptar y comprender.

### **Referencias**

Miranda, Bruno. (2023). Migración africana en situación de espera: nuevo alcance y dimensión de la contención migratoria en México. *Revista pueblos y fronteras digital*, 18.

Rojas Wiesner, M.L. (2023). More than a Northward Migratory Corridor: Changes in Transit Migration and Migration Policy in Mexico, In Feldmann, A.E., Bada, X., Durand, J. y Schutze, S. (Eds.), *The Routledge History of Modern Latin American Migration* (pp. 353-368). Routledge.

## **Tres reflexiones sobre la posicionalidad y la in/movilidad en el cambiante contexto de Tijuana, México**

Pia Berghoff\*

Una tarde de mayo de 2023 me uní a la fila para extranjeros en el paso fronterizo entre San Diego y Tijuana. Acababa de volar de Chicago a San Diego y estaba a punto de entrar a México para comenzar mi tercera estancia de trabajo de campo en Tijuana. Cuando llegó mi turno, le expliqué vagamente al agente del Instituto Nacional de Migración (INM) de México los motivos de mi viaje. Como iba a permanecer en Tijuana más de siete días, tuve que pagar unos 35 dólares para obtener la Forma Migratoria Múltiple, un pequeño papel que sirve como visa de turista en México. Sin embargo, el oficial del INM, incluso después de varios intentos, no logró conectar el dispositivo de pago con tarjeta al sistema de pago interno. Algo perplejo sobre qué hacer ahora —el pago en efectivo ya no era posible y sus colegas tampoco parecían tener idea—, me devolvió mi pasaporte y me indicó que continuara hacia la inspección de equipaje. Le pregunté al funcionario qué significaba eso para mi situación en México, preguntándome si me dejarían pasar sin registrarme en el sistema y sin ninguna prueba de mi estancia legal en el país. Su respuesta fue reveladora: “De todos modos, no te van a revisar. Y, si lo hacen, solo diles que el sistema de pago no funcionaba, no tendrás ningún problema. Y la próxima vez que entres a México, ya pagas.”

Las diferentes posicionalidades en cuanto a raza, clase y nacionalidad entre mí y las personas con las que realizaba mi investigación, enfocada en las temporalidades migratorias y experiencias de espera, no podían haberme quedado más claras desde el principio de mi estancia de investigación. Basándome en mi experiencia de trabajo de campo en la ciudad fronteriza de Tijuana entre 2022 y 2024, quiero compartir algunas reflexiones que, para mí, han puesto de relieve la importancia de pensar en conjunto las posicionalidades y las in/movilidades que están en juego en este contexto de investigación. Al hacerlo, abordaré también los retos particulares que me han planteado los constantes cambios en la política migratoria en la frontera entre Estados Unidos y México en los últimos años con relación al diseño metodológico y ético de mi proyecto de investigación doctoral.

### **¿Por qué y cómo hablar de la posicionalidad y el (no-)privilegio de movilidad?**

Por supuesto, el agente del INM tenía razón. En Tijuana, normalmente se me percibe como una turista estadounidense blanca que está en la ciudad sólo por unos días y que probablemente gastará mucho dinero en los bares, restaurantes y tiendas locales. La omnipresente Policía Municipal, conocida por sus duros controles a las personas migrantes, probablemente nunca me pararía para pedirme la documentación. De hecho, muchas de las personas migrantes con las que trabajé también pensaban que yo era ciudadana estadounidense, por lo que solían acudir a mí para preguntarme sobre la política migratoria de Estados Unidos o sobre la vida y la cultura en ese país. Cuando les decía que era de Alemania, una de las preguntas más comunes era si podía viajar a Estados Unidos sin problemas o si tendría problemas para cruzar la frontera, como les pasaba a ellas. Mi respuesta, que, como ciudadana alemana, por una pequeña cuota podía solicitar en línea un

---

\* Maestra en Estudios Latinoamericanos por la Universidad Libre de Berlín, Alemania. Actualmente es estudiante de Doctorado en Antropología Social y Cultural en el Colegio Internacional de Graduados “Temporalidades del Futuro” en la Universidad Libre de Berlín. Contacto: [p.berghoff@fu-berlin.de](mailto:p.berghoff@fu-berlin.de).

permiso de entrada de dos años, marcaba una diferencia obvia entre nosotras y daba lugar a conversaciones sobre el racismo y las injusticias en el contexto de la frontera entre Estados Unidos y México.

A partir de esta experiencia, considero imprescindible ir más allá de sólo nombrar la propia posicionalidad en el producto escrito. Más bien, la reflexión al respecto tiene que ser parte integral de las conversaciones en el momento de establecer las relaciones en el campo. Después de todo, las categorizaciones sociales determinan en gran medida a qué lugares tengo acceso en el campo, cómo se me percibe allí, qué información se comparte conmigo y qué información se omite. Es importante mencionar que el posicionamiento social no es una característica individual fija de la que se pueda deducir automáticamente cómo influencia la investigación. Más bien, depende en gran medida del contexto y de la(s) relación(es) en cuestión. Por ejemplo, en una situación, mi condición de investigadora alemana en México despertó interés y curiosidad, mientras que en otra situación provocó desconfianza. Finalmente, para una tercera interlocutora mi origen no era tan relevante. Más bien fue el hecho de compartir nuestras experiencias como mujeres en sociedades patriarcales lo que la llevó a contarme partes de su historia de vida y migración, marcada por violencia y abuso.

Precisamente en estos contextos de in/movilidad marcados por la violencia y la precariedad, la reflexión sobre las diferentes posicionalidades y privilegios forma parte de lo que Emilia Clark-Kazak ha elaborado en su artículo “*Why Care Now*” in *Forced Migration Research?* (2023) como la necesidad de aplicar una “ética del cuidado” en los estudios migratorios. Por lo tanto, es fundamental no sólo minimizar el daño potencial para las personas que participan en la investigación, sino también prevenirlo activamente en todas las etapas del proceso de investigación. Eso significa que la entrevistadora debe considerar seriamente las posibles consecuencias no deseadas para las entrevistadas, como su victimización o re-traumatización. En el caso concreto de mi proyecto de investigación, más allá del consentimiento explícito para la entrevista, esto incluyó una amplia gama de medidas y prácticas: 1) explicar el proyecto de investigación y el propósito de la entrevista; 2) considerar que el lugar de los encuentros sea seguro en términos de su ubicación, la confidencialidad, y la cercanía de posibles agentes migratorios y policiales así como las consecuencias que mi propia apariencia de extranjera podría atraer hacia la persona entrevistada en ciertos lugares; 3) permitir que las personas migrantes se nieguen a responder o detengan la entrevista en cualquier momento; 4) evitar preguntas re-traumatizantes, es decir, que se refieran directamente a experiencias de violencia; y, 5) manejar información de manera confidencial, sobre todo en vista de un estatus migratorio irregularizado o procesos migratorios abiertos.

### **Movilidad e inmovilidad como recurso estratificado**

Reflexionar sobre la posicionalidad en este contexto también significa —como nos recuerda Clark-Kazak—, no establecer una dicotomía simplista entre la movilidad absoluta y los privilegios de la investigadora, por un lado, y la inmovilidad y precariedad de las personas con las que trabajamos en el campo, por otro. La in/movilidad es un amplio espectro que no sólo afecta a la trayectoria migratoria en su conjunto, sino también a la vida cotidiana durante la migración y, en particular, a las interrupciones (involuntarias) del proyecto migratorio. En este sentido la in/movilidad es un recurso que también se diferencia entre las mismas personas migrantes (al igual que entre las y los investigadores, con y sin experiencia

migratoria propia), y se distribuye en intersección con otros recursos y posicionamientos sociales.

Durante mis años de investigación de campo, he encontrado innumerables ejemplos de ello: las experiencias migratorias divergentes entre un migrante venezolano de clase media que pudo viajar en parte en avión y un migrante venezolano de estratos más bajos que tuvo que cruzar el Darién a pie, sin embargo, ambos sufrieron grave discriminación por parte de las autoridades migratorias mexicanas; la inmovilidad forzada de una madre soltera hondureña durante la fase de espera, que, aunque en teoría tenía un permiso de residencia temporal para México, sólo salía del alojamiento para migrantes cuando era estrictamente necesario, por miedo a que la agredan a ella y a sus hijas y para ahorrar el poco dinero que le queda; o el trato fundamentalmente diferente que recibieron las personas migrantes ucranianas y rusas que se presentaron en la frontera entre Estados Unidos y México en 2022 y 2023 para solicitar asilo en Estados Unidos y a las que se les permitió entrar en el país al cabo de pocos días, un derecho fundamental que se ha negado durante años a las personas migrantes de América del Sur y Central mediante una serie de mecanismos de espera implementados por los gobiernos estadounidenses. Estos ejemplos no sólo subrayan la (re)construcción de los posicionamientos sociales dentro y a través de las estructuras de poder patriarcales, racializadas y capitalistas globales. También muestran la influencia directa de las políticas migratorias locales y regionales y sus cambios constantes en la posicionalidad relacional y estratificada, y en la in/movilidad en el lugar de espera que es Tijuana.

### **Retos para la investigación en un contexto de inmovilidad en constante cambio**

Al inicio de mi investigación, a principios de 2022, las personas migrantes en Tijuana aún tenían que esperar varios meses debido al Título 42, ya que, seleccionadas por ciertas ONG binacionales, sólo se concedía una excepción al Título 42 a un puñado de casos individuales por semana. Sin embargo, a finales de 2022, gracias a un sistema basado en listas, se concedía una excepción al Título 42 a hasta 100 migrantes al día, lo que se traducía en tiempos de espera más cortos y una alta fluctuación en los albergues para migrantes en los que trabajaba como voluntaria con la organización local Centro 32. Mientras que algunas personas migrantes esperaban hasta meses para recibir una respuesta, muchas llegaban a Estados Unidos dentro de días o pocas semanas. Luego, en mayo de 2023, entró en vigor el uso obligatorio de la aplicación *CBP ONE*. Con eso empezó un periodo menos dinámico, pero con tiempos de espera igualmente muy arbitrarios. La composición constantemente cambiante de la población con la que trabajamos en los albergues y con la que esperaba establecer una relación que me permitiera realizar entrevistas etnográficas, me llevó a replantearme el diseño metodológico de mi proyecto. Decidí dejar de priorizar las entrevistas como fuente principal de construcción de datos etnográficos y realizar sólo aquellas en las que sintiera suficiente confianza e interés por parte de mis interlocutoras, teniendo en cuenta los factores éticos delineados al inicio.

Como consecuencia de esta decisión y en colaboración con Centro 32 empecé a realizar dos tipos de talleres con las personas migrantes que estaba conociendo durante mi trabajo de campo: un taller de mapeo de trayectorias y un taller de *collage* sobre las aspiraciones futuras. Ambos formatos surgieron como respuesta a las dificultades que tuve para construir relaciones duraderas de confianza cuando, por un lado, mis estancias en el campo eran relativamente cortas y, por otro, las personas con las que trabajaba estaban en constante

movimiento —incluso en situaciones de espera— y nunca podía estar segura de volver a encontrarlas. Por lo tanto, los talleres funcionaban como “dispositivos de campo”, tal y como los definieron Adolfo Estalella y Tomás Sánchez Criado en su antología *An ethnographic inventory. Field devices for anthropological inquiry* (2023). Me ayudaron para entrar en contacto con un grupo de migrantes que aún no conocía muy bien e iniciar una conversación sobre algunos de los temas que me interesaban en mi proyecto de investigación. Además, estos formatos también fomentaban a menudo conversaciones sobre las diferentes posicionalidades entre las integrantes del grupo (incluyendo la investigadora) y las posibilidades de movilidad desiguales de cada participante.

Los talleres no sólo sirvieron a los fines de mi investigación. Al igual que todas las actividades artísticas y las manualidades que ofrecía el Centro 32, se combinaban actividades recreativas y enfoques de arteterapia: la actividad de mapeo era una mirada al pasado y a lo que ya se ha logrado, mientras que la actividad de collage era una mirada al futuro y a lo que estaba por venir. En este sentido, estas actividades permitieron a las participantes echar un vistazo no solo a las dificultades que enfrentaban sino también a los recursos y fuerzas con los que desafiaban las políticas migratorias y las estructuras racistas.

## Referencias

Clark-Kazak, C. (2023). “Why Care Now” in Forced Migration Research? Imagining a Radical Feminist Ethics of Care. *ACME: An International Journal for Critical Geographies*, 22(4), 1151–1173. <https://doi.org/10.7202/1106679ar>.

Sánchez Criado, T. y Estalella, A. (Eds.). (2023). *An ethnographic inventory: Field devices for anthropological inquiry*. Routledge. <https://doi.org/10.4324/9781003253709>.

## Breve reflexión sobre los aspectos éticos en el trabajo de campo con migrantes en tránsito por México

Ana María Chávez\*

Carlos Lemus Ramírez\*\*

En este escrito hacemos una breve reflexión en torno a la manera en que nos relacionamos con los sujetos de estudio durante el trabajo de campo, en particular nos interesa abordar la cuestión acerca de si es ético o no que los integrantes de un equipo de investigación presten apoyo material a los entrevistados, ya sea en forma de comida o bebida u otro tipo de apoyo, durante el proceso de recolección de información. Aunque estos regalos no constituyen aportaciones cuantitativamente significativas —dadas las limitaciones de los recursos de investigación y su uso eficiente—, es fundamental reflexionar sobre su conveniencia, ya que tienen implicaciones éticas, académicas y de legitimidad institucional.

La investigación *in situ* —tanto de tipo cuantitativa como cualitativa— necesariamente implica la interacción con actores sociales implicados en el fenómeno de estudio, en este caso, los migrantes en tránsito. Es claro que el objetivo final de esa interlocución es la obtención de conocimientos sobre el tema que nos interesa, sin embargo, eso no significa que el proceso se reduzca a un simple intercambio de preguntas y respuestas. Se trata de un proceso bastante más complejo, ya que tanto antes como después de la entrevista o la observación se presentan una serie de circunstancias que tienen diversos efectos en el entrevistado y en el observador.

Durante la fase de preparación de los instrumentos de investigación —como cuestionarios, guías de entrevista o de cualquier otro tipo— debe prestar especial atención a la selección de los temas que se abordarán en éstos y a la manera en que se formulan las preguntas. Los aspectos sensibles de la experiencia migratoria deben ser abordados con suma cautela dado que debe primar el respeto a las personas migrantes en tránsito. Estos son entrevistados, la mayoría de las veces, justamente cuando se encuentran en el momento de su desplazamiento lo cual, en circunstancias específicas, puede hacerlos sentir expuestos o más vulnerables ya que en su mayoría se trata de personas en contextos de migración forzada y de alta vulnerabilidad. Además, como ha sido documentado extensamente, las condiciones en las que viajan son bastante difíciles. La investigación sobre el tema muestra que muchos de ellos se trasladan con recursos económicos limitados y que son víctimas de toda clase de abusos durante su largo trayecto: robos, extorsiones, abusos, discriminación, violencia de todo tipo incluyendo la sexual. Los efectos de estas experiencias suelen manifestarse tanto en su salud física como en su condición emocional, ello hace que manifiesten natural desconfianza hacia las personas con las que tratan por lo que se convierte en un reto para las y los investigadores establecer una atmósfera de confianza para que la experiencia de ser entrevistados no se convierta en una fuente adicional de estrés o incomodidad.

---

\* Doctora en Demografía por la Universidad de Paris I, Pantheon-Sorbonne, Francia. Actualmente es investigadora en el Centro Regional de Estudios Multidisciplinarios de la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM), México. Contacto: [amcg@unam.mx](mailto:amcg@unam.mx).

\*\* Maestro en Estudios de Población por la Universidad Autónoma del Estado de Morelos (UAEM), México. Actualmente es académico en el Centro Regional de Estudios Multidisciplinarios de la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM), México. Contacto: [lemus@crim.unam.mx](mailto:lemus@crim.unam.mx).

Este flujo migratorio, es decir, las personas que atraviesan la llamada “frontera vertical” (el largo trayecto que va desde la frontera sur hasta la frontera norte de México) se caracteriza por ser sumamente heterogéneo en su composición y cambiante en el tiempo. Por ello, su estudio también implica adaptarse continuamente en la forma de abordarlo. En el equipo de investigación al que pertenecemos los autores, hemos recurrido a diferentes técnicas y estrategias para la recolección de datos: hemos realizado encuestas y entrevistas semiestructuradas con personas migrantes, funcionarios, personal de redes de apoyo, encargados de albergues y residentes de las localidades por donde pasan las personas migrantes. Desde el año 2003, cuando visitamos los albergues de la frontera noreste de México (en las ciudades de Reynosa y Matamoros) pudimos observar el crecimiento del volumen de migrantes procedentes, en su mayoría (en ese momento), de Centroamérica, en particular de Honduras, Guatemala y El Salvador. En otro momento, también en la primera década del siglo se llevó a cabo un estudio sobre las condiciones en las que las mujeres migrantes centroamericanas hacían su recorrido por nuestro país. Durante los años subsecuentes realizamos observación y entrevistas en diversos albergues del circuito migratorio (Celaya, Guanajuato; Tenosique, Tabasco o Apizaco, Tlaxcala); más recientemente, en 2023, visitamos las ciudades fronterizas del noreste de México (Tijuana y Ciudad Juárez) y en el sur del país, visitamos Tapachula, Chiapas. Durante estos años, hemos podido constatar que las constantes son la violencia, el maltrato y la discriminación como principales características de esta migración en tránsito por México.

Durante las primeras décadas de este siglo, la composición por sexo de los migrantes, la estructura por edades, las nacionalidades de origen, los motivos para migrar y otras variables han presentado una gran variación, es decir, este flujo es dinámico y se transforma continuamente. Esto provoca que a su vez las formas de investigar y la manera de abordar a las personas tiene que irse ajustando a la cambiante realidad. Pero lo que debe permanecer invariable es la postura ética y las actitudes de respeto hacia las personas migrantes, pues antes que observadores, tenemos que ser personas respetuosas de la condición de vulnerabilidad y el riesgo en el que estas personas se mueven por nuestro territorio. Eso es un mandato ético, no sólo opera nuestro código moral, sino que también existen una serie de disposiciones institucionales (por ejemplo, en nuestra universidad existe un documento titulado “Código de Ética”, dos de sus ejes son la integridad y la honestidad académica) que nos obligan a brindar respeto y el mejor de los tratos posibles.

Sin embargo, la particularidad de esta migración es la situación de carencia que tienen la gran mayoría de estas personas migrantes y con mucha frecuencia están requiriendo lo mínimo para subsistir: alimentos, ropa, medicamentos, recursos económicos para continuar su viaje, etc. Entonces, aquí se presenta una cuestión, si bien no hay duda que los estudiosos del fenómeno migratorio, por razones humanitarias y en la medida de sus posibilidades, pueden brindar algún tipo de apoyo material a las personas que entrevistan y apoyar con alimentos y medicamentos en especie u otorgar cantidades mínimas de dinero o cualquier otro tipo de ayuda; esto no contraviene ningún tipo de código ético en la investigación, ni alguna reglamentación institucional, pero la pregunta que aparece ahora es ¿cuánta ayuda o apoyo debe brindarse? Igual que en otros casos, existen límites éticos que deben observarse para la manera en que se establece la interacción entre entrevistadores y entrevistados.

En la información que otorgan no debe mediar coerción o presión de algún tipo, que afecte ni la integridad de los sujetos de estudio ni los objetivos de la investigación. No debe forzarse a los migrantes a participar, o a hacerlos sentir obligados a brindar la información como una manera de *devolver el favor*, es decir, mercantilizar su participación. Por otro lado, debe procurarse el consentimiento informado y que la participación ocurra con la mayor transparencia acerca de los objetivos que se persiguen y del uso que se dará a la información que sea proporcionada. Del mismo modo, debe buscarse la mayor seguridad del participante, es decir, primero, que la información que se otorgue no constituya un riesgo a su integridad, y segundo, que la relación que se establece con ellos no signifique una simple forma de explotar su condición. A su vez, es de la mayor importancia considerar la trascendencia del apoyo material que sea brindado, pues en alguna circunstancia específica puede ser motivo de tensión con otras personas, ya que de algún modo puede interpretarse como una forma de trato desigual y traducirse en tensiones con otras personas. Además, tener la adscripción a una institución significa representarla de manera ética y con responsabilidad, no sólo por una cuestión de reglamentación interna sino porque el respaldo que brinda una universidad o instancia académica debe salvaguardarse en todo momento porque son entidades colectivas y nos requieren ejercer la labor de investigación con la mayor responsabilidad. En nuestro equipo, antes de cada trabajo de campo discutimos estos temas y siempre hemos determinado ejercer el proceso de obtención de información siguiendo las pautas del respeto a las personas migrantes y a los códigos de ética.

Estar en uno u otro lado de la entrevista, es decir, en el papel del que pregunta o en el papel del que da información, no significa dejar de lado una verdad evidente pero que es necesario recordar: unos y otros somos seres humanos. En esa medida, la sensibilidad y el respeto a la condición de “el otro” juegan un papel fundamental. El uso de los datos, las emociones, las expectativas e información personal que llegan a compartir deben hacerse con gran responsabilidad y sentido humano.

Durante el trabajo de investigación con migrantes también ocurre la experiencia de interactuar, compartir el tiempo y el espacio y la experiencia humana de encontrarse con el otro y establecer empatía. Finalmente, consideramos que no hay motivo alguno para no apoyar (en la medida de nuestras posibilidades) a una persona en condición de carencia, pues las razones humanitarias son argumentos suficientes, pero debe tenerse absoluto cuidado en no transgredir los límites éticos que guían el trabajo académico.



Noviembre de 2023. Agentes migratorios tratando de persuadir a un grupo de migrantes venezolanos (dado lo peligroso por la hora del día) para que desistan de cruzar el Río Bravo para pasar a EUA por la puerta 36 y entregarse para solicitar asilo. A un lado, integrantes del grupo de investigación observan la escena sin interferir. Fotografía: Celia López Miguel.

## Desafíos, metodología y dilemas éticos durante la investigación de campo en el Darién, Panamá

Kelly Johana Henao Castrillón\*

Este texto de divulgación se propone reflexionar sobre los retos y obstáculos del trabajo de campo y las cuestiones éticas que se debieron resolver en el ingreso a las estaciones migratorias oficiales ubicadas en la provincia del Darién y en la Comarca Emberá-Wounaan, en Panamá; dichas estaciones tuvieron el objetivo de alojar a las personas migrantes posterior a su desplazamiento a través de la selva del Tapón del Darién.

El trabajo de campo se llevó a cabo en junio de 2023, como parte de la tesis que elaboré durante mis estudios en Doctorado en Ciencias Sociales. Antes de describir el diseño y los retos metodológicos de la investigación, me gustaría hacer explícito mi lugar de enunciación como una mujer adulta joven, blanca, heterosexual, de clase media, de formación abogada y migrante colombiana radicada en México. Estas condiciones que me caracterizan repercutieron en la elección del tema, el diseño de la investigación, la recolección de los datos, la relación con los y las participantes y la interpretación de los resultados.

El trabajo de campo se realizó en distintos puntos fronterizos entre Panamá y Colombia: Metetí-Panamá, Yaviza-Panamá, Bajo Chiquito-Panamá, Capurganá-Colombia y Necoclí-Colombia.

**Figura 1. Vista satelital de lugares recorridos en el trabajo de campo**



Fuente: elaboración propia en *Google My Maps*.

El interés por estudiar el Tapón del Darién surgió del deseo de conocer los enormes desafíos que enfrentaban las personas migrantes al atravesar la selva, debido a las particularidades

---

\* Doctora en Ciencias Sociales por la Universidad Autónoma Metropolitana, Unidad Xochimilco (UAM-X), México. Actualmente es Docente de asignatura en Universidad Nacional Rosario Castellanos, México. Contacto: [kellyjhc.12@gmail.com](mailto:kellyjhc.12@gmail.com).

geográficas y climáticas de la misma. En efecto, las historias contadas en artículos, medios periodísticos e informes oficiales resultaban muy atractivas por lo surrealista de la situación: aún bajo los peligros multiplicados de una selva densa y controlada parcialmente por grupos armados, miles de personas la caminaban de forma masiva ante la mirada anuente de gobiernos e instituciones internacionales. En el mismo sentido, producto de mi formación como abogada e internacionalista, surgió un deseo de entender los factores macro, meso y microestructurales que estaban detonando este flujo migratorio, el cual era muy diverso en la composición de los orígenes nacionales, edades y género.

Aunque el Darién es un corredor histórico por ser el puente natural entre dos regiones, los efectos de la Pandemia por Covid-19 en las condiciones socioeconómicas de la región, las crecientes imposiciones de visas en México y Centroamérica, el limbo jurídico migratorio en el que caían las personas migrantes con el paso de los años en algunos países de Suramérica, la discriminación y la xenofobia, produjeron un aumento drástico en el tránsito por esta zona fronteriza. En efecto, una parte importante de la población que cruzó el Darién había residido por varios años en otros países de Suramérica (como Brasil, Haití, Ecuador, Perú y Colombia), pero por diversas razones, algunas económicas, otras jurídicas (como la imposibilidad de transitar a estatus migratorios regulares permanentes) y otras culturales, decidieron reactivar la travesía hacia el norte.

En este punto considero importante caracterizar sintéticamente al Darién: una selva tropical ubicada en la línea fronteriza entre Panamá de Colombia, la cual se ha convertido en los últimos años en un corredor migratorio por el que transitan miles de personas de todo el mundo, principalmente provenientes de Cuba, Haití y Venezuela. El tránsito por la selva del Darién, a la que coloquialmente se le caracteriza como “Tapón” por eventos históricos en los que se frustraron distintos emprendimientos coloniales para expoliarlo, es sumamente peligroso para las personas en contexto de movilidad, debido a las lluvias frecuentes, los caminos pantanosos, la gran biodiversidad y el consecuente peligro de ataques o picaduras de animales, la ausencia de infraestructura vial, y la presencia de grupos armados y delincuencia común.

Asimismo, el Darién es una zona geográfica muy controlada, aunque por actores de naturaleza distinta. En el lado de Colombia, un grupo armado autodenominado Autodefensas Gaitanistas de Colombia regula el ingreso, organizando directa e indirectamente un gran ecosistema de servicios migratorios: viajes en lanchas, seguridad, comida, impuestos, horarios y rutas. Del lado panameño coexiste un escenario paradójico: por una parte, un descontrol parcial en la selva, donde delincuentes comunes asaltan a las personas migrantes, y por otro, un estricto control migratorio ejercido por el Servicio Nacional de Fronteras (SENAFRONT) para supervisar el flujo de personas en tránsito.

Mi formación tuvo un impacto considerable en el abordaje inicial del tema, particularmente en la elección de la metodología y las técnicas de investigación. Como resultado, realicé una lectura preliminar extensa de informes de organizaciones internacionales y comunicaciones políticas de Panamá, Colombia y Estados Unidos. Con el avance del doctorado, me fui acercando a teorías críticas de la migración que transformaron radicalmente esos planteamientos iniciales.

Las lecturas sobre fuga migrante fueron decisivas para comprender que un fenómeno tan complejo y multiescalar como las migraciones no puede reducirse a un engranaje mecánico de causas y efectos, es decir, las personas no migran como una reacción automática a factores de expulsión, sino que el acto de migrar constituye en sí mismo un ejercicio político de rechazo a condiciones de vida insostenibles. En ese sentido, las teorías de la autonomía de las migraciones orientaron la versión final de mi diseño metodológico, al reforzar mi interés por captar la relación dialéctica entre fuga y control y reconocer la dimensión performativa de los sujetos migrantes como claves para entender las transformaciones en los regímenes migratorios.

El acercamiento teórico tuvo su correlato en la perspectiva epistemológica adoptada frente al sujeto/objeto de investigación. De esta manera, a través de la aplicación de entrevistas y observación participante busqué, por un lado, reconocer la agencia de las personas migrantes y, por otro, visibilizar la materialización de las políticas de control, cuyos efectos estaban recayendo directamente en las vidas y cuerpos de las personas migrantes. Este enfoque también me permitió comprender un aspecto central de la autonomía de las migraciones: cómo pequeñas acciones individuales que luego se vuelven colectivas desafían muros, selvas, leyes y políticas de vigilancia.

Por motivos de seguridad personal y consideraciones éticas, los lugares seleccionados para el trabajo de campo fueron las estaciones migratorias San Vicente y Lajas Blancas, donde las personas migrantes entraban tras recorrer la selva durante un período aproximado de entre dos y nueve días. Ingresar a la selva resultaba sumamente complejo por diversas razones, principalmente, porque podía enfrentar los mismos peligros que las personas migrantes: enfermedades, ataques de animales y asaltos armados. Por otro lado, se requería autorización del SENAFRONT para entrar a la selva, por lo menos en el lado de Panamá. Este fue un tema bastante complejo que me dio luces sobre los efectos del flujo controlado en la irregularización migratoria: aunque las personas migrantes eran registradas e interrogadas por las autoridades panameñas dentro y a las afueras del Tapón del Darién, su tránsito se consideraba irregular. Es decir, controlado, dirigido, inspeccionado e inscrito, pero irregular.

Además de lo desafiante que resultaba personal y logísticamente hacer etnografía dentro del Tapón del Darién, caminar junto con las personas migrantes era potencialmente ponerlas en riesgo. Mis condiciones y credenciales eran distintas, sin contar que un accidente o una enfermedad hubiera supuesto una carga para ellos y ellas, que se estaban jugando la vida en ese entorno tan hostil.

Por lo anterior la elección de hacer trabajo de campo en las estaciones migratorias, porque inicialmente las concebí como espacios de seguridad y descanso, posterior a la confrontación con el monstruo del Darién (como lo definió un migrante venezolano entrevistado). Aunque al estar en las estaciones percibí que la cuestión de seguridad se priorizaba por encima de la atención humanitaria, y que estos espacios eran una extensión de las carencias, precariedad y peligros que enfrentaban las personas migrantes al cruzar la selva. Sobre este tema, existe un informe del Relator Especial sobre los derechos humanos de los migrantes de 2022 titulado “Situación humanitaria en el Tapón del Darién”.

Para realizar el trabajo de campo tuve que conseguir una autorización gubernamental para el acceso a las estaciones migratorias y a la comunidad indígena de Bajo Chiquito. Las estaciones migratorias tenían restricciones de movilidad: el ingreso y la salida estaban condicionados a autorización gubernamental, tanto para las personas migrantes que habían entrado por la selva, como para visitantes externos, como periodistas, estudiantes o trabajadores de organizaciones gubernamentales. Asimismo, aunque en las estaciones había presencia de organizaciones internacionales de ayuda humanitaria, los agentes del SENAFRONT eran quienes gestionaban y decidían el acceso o salida.

**Figura 2. Espera de alimentos en la estación migratoria Lajas Blancas**



Fuente: fotografía de Kelly Johana Henao Castrillón, 18 de julio de 2024.

Mientras que, en el lado de Colombia, la vigilancia del grupo armado, cuyos integrantes estaban vestidos de civil, era muy palpable y funcionó como impedimento para obtener datos y conocer de cerca los puntos clave de llegada y partida de las personas migrantes. Probablemente ser colombiana y haber vivido de cerca los estragos del conflicto armado me ayudó a entender códigos de conducta que por cuestiones de seguridad personal decidí no transgredir. Por ejemplo, no caminar ni tomarle fotografías a calles o casas que estaban siendo supervisadas de tal modo que mi presencia alteraba el ambiente. Además, dado que el grupo

armado opera en la ilegalidad, pero mantiene una presencia legítima y capilar en el territorio, noté que indagar sobre las operaciones en torno al negocio de la migración causaba inquietud e incomodidad.

Las entrevistas se desarrollaron a través de un muestreo por conveniencia debido al tiempo limitado y a la negativa de algunas personas migrantes por las condiciones físicas y emocionales que presentaban después de transitar la selva. Dentro de las estaciones migratorias las personas estaban sumamente ocupadas realizando diligencias tales como el registro biométrico, filas para recibir alimentos y filas para obtener servicios y productos esenciales para continuar el itinerario. Esto también provocó interrupciones en algunas entrevistas o la aplicación de estas en entornos ruidosos. Al respecto, se asumió un compromiso ético de respeto, escucha activa, flexibilidad de espacio y horario y no juicio frente a las experiencias narradas.

Todos los y las participantes otorgaron consentimiento informado por escrito y fueron notificados/as sobre los objetivos del estudio, la afiliación institucional, el uso de la información y su derecho a retirarse en cualquier momento. Se garantizó la confidencialidad y el anonimato mediante el uso de pseudónimos y la omisión de datos identificativos la seguridad de las personas migrantes, funcionarios públicos o trabajadores/as de organizaciones internacionales. Durante el trabajo de campo, en algunas ocasiones recibí y observé información sensible, como casos de discriminación, representaciones que criminalizaban a las personas migrantes y abusos físicos o verbales. En estos casos, mantuve distancia para proteger mi posición y la seguridad de quienes entrevistaba. Posteriormente, triangulé la información para fortalecer los argumentos y presentarla en la versión final de la tesis como una forma de denuncia.

Durante el trabajo de campo, mis condiciones personales generaron tanto obstáculos como privilegios. En Panamá trabajé sola en una región donde el SENAFRONT actúa como una autoridad omnipresente (con funciones médicas, cívicas, comunitarias, de emergencia, de policía judicial y de vigilancia fronteriza) y goza de amplia legitimidad entre la población. Ser colombiana y migrante en México me había dado elementos para desconfiar de la presencia excesiva de estamentos militares en los territorios, por todos los casos de uso excesivo de la fuerza, desapariciones, abusos sexuales y otras afectaciones documentadas en ambos países.

Aunque los agentes encargados de gestionar las estaciones migratorias sabían de mi presencia y contaban con una carta institucional y documento de identidad, en una ocasión me prohibieron la salida de la estación por ser colombiana, el funcionario asumió que yo hacía parte del flujo migratorio irregularizado y que estaba mintiendo para salir del mismo. Con frecuencia se me interrogó sobre mi situación como colombiana y estudiante sola haciendo trabajo de campo. Asimismo, cuando iba de camino hacia la provincia del Darién, en el retén de Agua Fría, los agentes del SENAFRONT me pidieron que me bajara del bus y me comentaron que no podría continuar el viaje por no contar en ese momento con la autorización para entrar a las estaciones migratorias. Después de 15 minutos de diálogo y explicaciones me dejaron subirme al bus nuevamente.

Pero también obtuve acceso privilegiado a entrevistas y conversaciones informales con funcionarios de alto rango que me ayudaron a entender y a matizar la función de seguridad producto de la externalización fronteriza estadounidense. En efecto, Estados Unidos tiene una gran influencia en el levantamiento de las estaciones migratorias porque le aporta financiamiento, dotación y capacitación al gobierno de Panamá para filtrar el flujo migratorio. En Panamá, las personas con circulares de la INTERPOL o antecedentes penales eran deportadas a sus países de origen y esta información sensible era compartida por agencias de seguridad estadounidenses.

**Figura 3. Registro de personas provenientes de Bajo Chiquito en la Estación Migratoria Lajas Blancas**



Fuente: fotografía de Kelly Johana Henao Castrillón, 04 de julio de 2024.

Mi posición como mujer migrante investigadora también generó dinámicas particulares con las personas entrevistadas. Percibí que las personas de nacionalidad colombiana y venezolana eran más abiertas y detalladas en sus relatos, en comparación con las personas de Ecuador o Haití, cuyas respuestas eran muy sintéticas. Creo que compartir tradiciones, formas similares de nombrar determinados objetos o eventos y un mismo idioma, fue clave para entablar relaciones de confianza.

Intenté retribuir el tiempo brindado con cuidados, compañía e información; también negociando el acceso a servicios por mi posición ventajosa, por ejemplo, gestionando con

autoridades e instituciones la inclusión de personas y familias en la lista de viajes humanitarios (esto implicaba que los y las beneficiarias viajaran desde el sur al norte de Panamá sin pagar el precio del tiquete de bus). También mantuve un diario de campo reflexivo en el que registré de forma sistemática descripciones, percepciones y pistas de trabajo. Estas notas fueron una guía imprescindible en la interpretación de los datos.

Para finalizar, a modo de recomendación para futuros/as investigadoras en temas de migración, sugiero elaborar un plan que incluya los días de investigación, los lugares a visitar, las personas e instituciones clave, un esquema de entrevistas y de consentimiento informado y un seguro médico. También recomiendo realizar un sondeo previo del contexto en donde se realizará el campo, así como la creación de alianzas locales con periodistas, sacerdotes o integrantes de organizaciones. Es importante mantener informados/as a familiares y amigos/as sobre el itinerario, solicitar permisos con anticipación, no compartir datos sensibles con desconocidos y portar siempre una credencial institucional.

## **Retos para investigar la movilidad humana en Centroamérica en contextos de políticas migratorias en retroceso**

Ana Lucía Fernández Fernández\*

Abigail Weitzman\*\*

### **Introducción**

Costa Rica se constituye como un país notable debido a la diversidad de dinámicas migratorias y a la heterogeneidad de las personas que transitan y se establecen en el país. Por ello, estamos desarrollando una investigación cuyo objetivo es analizar los distintos tipos de violencias experimentadas por personas que requieren protección internacional (PRI) en Costa Rica, así como su percepción sobre el impacto de estas experiencias en su bienestar. Este estudio se lleva a cabo de manera conjunta entre la Universidad de Texas en Austin y la Universidad Estatal a Distancia, y se enmarca en el Proyecto Desplazados en América Latina (DeAL).

En ese sentido, se comparte la experiencia del proceso de investigación colaborativa entre una institución del Sur Global y otra del Norte Global en el estudio de poblaciones PRI en Costa Rica, en un contexto marcado por el retroceso de los derechos humanos y la disminución del financiamiento destinado a la cooperación internacional y a la investigación académica.

En la actualidad, aproximadamente 9% de la población en Costa Rica es nacida en el extranjero. Hace 50 años, el país experimentó diversos flujos migratorios, inicialmente asociados a los conflictos armados en Centroamérica, que provocaron desplazamientos forzados al país.

En los años 1990, la persistencia de la violencia, la escasez de oportunidades económicas y los desastres naturales generaron nuevos flujos migratorios no voluntarios desde distintos países de Centroamérica, así como la llegada de personas procedentes de Colombia. A partir de 2016, se intensificaron las dinámicas de desplazamiento forzado de personas originarias de Cuba, Venezuela y Haití, junto con un aumento significativo de población en tránsito cuyo destino final era Estados Unidos.

Desde 2018, se ha registrado un incremento sostenido de los desplazamientos forzados desde Nicaragua hacia Costa Rica, como consecuencia de la represión de opositores políticos ejercida por el régimen Ortega-Murillo. Asimismo, el territorio costarricense se ha convertido en un espacio relevante para los flujos migratorios en tránsito y para los flujos de retorno, en gran medida asociada a los cambios constantes en las políticas migratorias de Estados Unidos y de la región centroamericana.

Según la Organización Internacional para las Migraciones (OIM), en el año 2024 transitaron 324,846 personas, cifra inferior a las 529,348 registradas en 2023. Por su parte, el número de personas que requieren protección internacional aumentó de 8,000 personas en 2016 a

---

\* Doctora en Sociología por la Universidad Libre de Berlín, Alemania. Actualmente es investigadora en la Universidad Estatal a Distancia de Costa Rica. Contacto: [afernandez@uned.ac.cr](mailto:afernandez@uned.ac.cr).

\*\*Doctora en Sociología por la New York University, Estados Unidos. Actualmente investigadora en la Universidad de Texas en Austin, Estados Unidos. Contacto: [aweitzman@utexas.edu](mailto:aweitzman@utexas.edu).

122,000 en 2020, según datos del Alto Comisionado de las Naciones Unidas para los Refugiados (ACNUR).

Entre los años 2018 y 2023, Costa Rica recibió un total de 260,709 solicitudes de refugio, de las cuales, únicamente de 17,554 fueron aprobadas, lo que representa una tasa de reconocimiento de 6.4%. No obstante, estas cifras sitúan al país como uno de los tres principales receptores de solicitudes de asilo a nivel mundial, de acuerdo con datos de 2022 del ACNUR.

En este contexto, presentamos una reseña de los ajustes realizados en la investigación como resultado de las nuevas políticas migratorias de Estados Unidos y de los recortes al financiamiento científico en ese país. El análisis expone los principales retos derivados de este escenario, así como las estrategias implementadas para afrontarlos, lo que permitió reflexionar sobre la necesidad de fortalecer la incidencia política, consolidar capacidades universitarias para la atención de estas poblaciones y generar recursos que contribuyan al bienestar de las personas RPI desde el ámbito de la investigación universitaria.

### **El trabajo interuniversitario para el estudio de la protección internacional**

Para la consolidación de la cooperación investigativa, se formalizó un Memorandum de Entendimiento de Cooperación Internacional entre ambas universidades. A nivel metodológico, se trata de una investigación mixta de carácter longitudinal, inicialmente concebida para un periodo de cinco años.

El diseño incluye la aplicación de una encuesta basada en la metodología *Respondent Driven Sampling* (RDS), particularmente adecuada para el acceso a poblaciones ocultas o de difícil alcance, en contextos donde no existe un marco muestral confiable. Asimismo, se realizan entrevistas en profundidad con PRP, y con el apoyo de una organización de la sociedad civil. Hasta la fecha, se han llevado a cabo 107 entrevistas. Adicionalmente, y en la medida de lo posible, se entrevistó a algún familiar con el fin de comprender la experiencia migratoria desde la perspectiva de al menos dos integrantes del núcleo familiar, ya sea nuclear o ampliado.

Durante los años 2024 y 2025, se priorizó la realización de entrevistas a profundidad mientras se aguardaba la aprobación del presupuesto destinado para la encuesta longitudinal. No obstante, el cambiante contexto político en Estados Unidos introdujo incertidumbre en los procesos de aprobación y, pese a las evaluaciones favorables del proyecto por parte del ente financiador, este no se concretó.

Si bien las razones de carácter político resultaron desalentadoras, esta situación obligó a replantear el cronograma y las estrategias metodológicas, adaptando el proyecto a los recursos disponibles con el objetivo de garantizar su continuidad.

En este contexto, comprendimos que no éramos las únicas afectadas por estas dinámicas, ya que en Costa Rica los organismos internacionales y las organizaciones que trabajan con poblaciones en situación de movilidad comenzaron a enfrentar recortes significativos, que se tradujeron en despidos de personal, cierre de proyectos y reducción de presupuestos. Asimismo, observamos transformaciones sustantivas en las políticas migratorias de Estados Unidos, caracterizadas por el cierre de fronteras, el incremento de expulsiones forzadas y la persecución de personas migrantes racializadas en ese país.

Ante este escenario, surgieron una serie de interrogantes centrales para el quehacer investigativo de cómo replantearnos la investigación, con este nuevo contexto adverso.

### **Replantearnos el camino**

El nuevo escenario en el cual nos encontrábamos nos obligó a realizar un proceso de reflexión sobre las posibilidades de dar continuidad al trabajo a partir del material empírico ya recolectado. Se reconocieron los límites del quehacer investigativo centrado exclusivamente en la producción de publicaciones académicas, en la medida en que estas pueden entenderse como extractivismo del conocimiento, y así lo han manifestado múltiples colectivos en la región. En consecuencia, se planteó la necesidad de explorar otras acciones, garantizando el respeto a su anonimato y sus propias narrativas, así como una consideración crítica del contexto político en el que se desarrolla la investigación.

Esta revisión permitió plantear estrategias para influir en la formulación de políticas públicas y proporcionar recursos útiles y accesibles a las poblaciones en movilidad. En el marco de las elecciones presidenciales de febrero de 2026 en Costa Rica, se consideró pertinente impulsar acciones que contribuyan a contrarrestar los discursos de odio hacia las personas nacidas en el extranjero.

Se diseñó una estrategia para pausar las etapas más costosas de la metodología y aprovechar al máximo los recursos disponibles en la UNED. Por ello, en este momento se han centrado parte de los esfuerzos en acciones concretas para la incidencia en política pública, en la creación de recursos que sean de utilidad para estas poblaciones, y para la capacitación a lo interno de la UNED.

En la actualidad, estamos gestionando recursos internos y externos para desarrollar una página *web* que funcione como una plataforma centralizada de información y contactos relevantes. El objetivo es crear una herramienta que sirva como repositorio de información útil para las personas que ingresan al país, especialmente en relación con los procesos burocráticos vinculados al ejercicio de sus derechos, tales como la regularización migratoria, el acceso a la salud, el empleo, la educación y la vivienda.

Esta plataforma incluiría, por ejemplo, orientaciones sobre los procedimientos migratorios y de refugio, las instancias que brindan asesoría, subsidios, la ubicación y acceso a albergues, así como información sobre organizaciones de la sociedad civil y entidades religiosas que ofrecen apoyo humanitario.

Aunque aún no hemos logrado implementar este recurso, estamos comenzando a trabajar en algunos lineamientos fundamentales para su consolidación: Identificación de rutas críticas en instituciones clave para el acceso a derechos, incluyendo la Dirección General de Migración y Extranjería, la Caja Costarricense del Seguro Social, el Ministerio de Trabajo y el Instituto Mixto de Ayuda Social. Segundo, mapeo de organizaciones de la sociedad civil y albergues que facilitan la atención y acompañamiento de estas poblaciones.

La segunda iniciativa se centra en la incidencia política a través de la participación en colectivos que buscan influir en la formulación de políticas públicas en el país. Por ejemplo, uno de nuestros investigadores participa como representante de la academia ante la Mesa Territorial de Movilidad Humana de la Zona Norte, quienes articulan la gestión de los desafíos migratorios entre diversos cantones fronterizos con Nicaragua. Este espacio promueve la integración de las poblaciones en movilidad mediante la colaboración entre

entes gubernamentales y organizaciones de la sociedad civil, garantizando un enfoque basado en los derechos humanos para la atención de estas personas.

Además, se participa en la Mesa de Diálogo sobre Migración y Refugio en Costa Rica, un espacio que reúne a más de 60 organizaciones, universidades y colectivos, con el objetivo de incidir en la consolidación de políticas migratorias respetuosas, libres de xenofobia y orientadas a la promoción de los derechos humanos. En este marco, la Mesa elaboró una “Guía de abordaje de la migración”, destinada a fomentar un debate electoral informado y libre de prejuicios y xenofobia en el contexto de la campaña electoral 2025-2026, y contó con la firma de numerosas personas candidatas. Estas acciones aseguran el compromiso de no llevar a cabo campañas electorales basadas en xenofobia y desinformación respecto a las personas en movilidad humana.

Por último, se ha articulado el trabajo con la Vicerrectoría de Vida Estudiantil (VIVE) de la UNED. Esta es la instancia encargada del registro, la matrícula, la orientación y el acompañamiento estudiantil, así como de los procesos de atención socioeconómica y promoción estudiantil. VIVE es la primera cara de atención de la universidad con el estudiantado.

Se realizó una capacitación conjunta con el ACNUR dirigida a 89 personas que trabajan en VIVE, con el propósito de dotar al personal de los conocimientos necesarios para evitar rechazos injustificados hacia personas migrantes, refugiadas o solicitantes de asilo, derivados de la falta de información o de actitudes xenofóbicas y discriminatorias por parte del funcionariado. Se buscó crear un espacio de asesoría, con el fin de promover la incorporación y la permanencia de estas poblaciones en la UNED, así como facilitar la referencia de casos particulares a las instituciones y organizaciones competentes.

Esta acción surgió directamente del trabajo de campo realizado. Durante una de las visitas a Upala, un cantón fronterizo con Nicaragua donde la UNED posee una sede universitaria, se identificó que algunas personas jóvenes habían intentado ingresar a la UNED, pero habían recibido información incorrecta respecto a los requisitos y la documentación necesaria para acceder a la educación pública costarricense.

### **Reflexiones finales**

A partir de las limitaciones enfrentadas en la investigación, hemos replanteado nuestro camino comprendiendo la necesidad de mantenerla activa mediante actividades que tengan mayor incidencia en la vida de los PRI. Asimismo, consideramos fundamental que la universidad pública participe activamente en los procesos de cambio, en la atención y en la incidencia política para asegurar mayor bienestar de los PRI en Costa Rica.

Asimismo, el proceso investigativo ha implicado una reflexión constante sobre cómo respetar el vínculo tejido con las personas que participaron en las entrevistas, en un contexto político que precariza sus derechos y el bienestar de sus familias. La incertidumbre en sus experiencias de movilidad se ve agravada por la precarización de recursos y servicios, así como por el debilitamiento de la ayuda humanitaria y de la protección internacional. Los recortes al financiamiento internacional y el debilitamiento del multilateralismo han reducido la capacidad de las organizaciones para acompañar a estas personas y responder ante crisis migratorias dinámicas.

Estas condiciones incrementan los niveles de violencia, discriminación e injusticia que enfrentan quienes buscan protección, lo que deriva en consecuencias en su salud mental y en su bienestar en general.

Frente a este escenario convulso, y considerando también los recortes que afectan nuestra propia investigación, hemos decidido centrar esfuerzos en la incidencia política, en la construcción de capacidades a nivel universitario, así como, la creación de recursos útiles que beneficien directamente a las poblaciones en movilidad.

## **Sujetos móviles, luchas sociales y los desafíos de investigaciones de “campo” en tiempos hostiles**

Martha Cecilia Ruiz M.\*

A mediados de 2024 iniciamos un proyecto de investigación etnográfico y multisituado, en Guadalajara-México y Quito-Ecuador, para comprender las luchas migrantes por asentamientos y reasentamientos (en caso de personas retornadas) más dignos, desde las perspectivas y experiencias de organizaciones de base migrante (el proyecto fue financiado con una beca del Centro Maria Sibylla Merian de Estudios Avanzados Latinoamericanos, CALAS, y se realizó junto con la doctora Ximena Alba Villalever, de la Universidad de Berlín). Para el proyecto, desde un inicio conversamos con las organizaciones sobre las formas de colaboración, para que el proyecto resultara beneficioso para todas las partes, y a medida que escuchábamos y acompañábamos a lxs activistas migrantes, hicimos ajustes para incluir temas y preocupaciones que no habíamos contemplado o a los cuales habíamos brindado limitada atención. De esta manera intentamos mantener un proceso respetuoso que, sin embargo, no estuvo libre de tensiones, obstáculos y limitaciones.

Un primer problema lo enfrentamos en Quito, donde varias de las personas que impulsaron espacios organizativos volvieron a migrar como respuesta a las inseguridades y precariedades que azotan Ecuador; además, algunxs activistas expresaron dudas o poco interés con respecto al trabajo de la academia y sólo accedieron a brindar una entrevista. Esto también exigió ajustes y nos dejó alertas y aprendizajes. Así expresaba su desconfianza con la academia tradicional y extractivista, y su manera de entender investigaciones más significativas con poblaciones móviles, la coordinadora de una organización de mujeres migrantes en Quito, durante una entrevista en junio de 2024:

La academia nos usa. Es algo parecido a lo que nos pasa con el Estado, que nos instrumentaliza, no hay diálogo, no se llega a nada porque falta voluntad política, solo hay interés político [...]. [Por eso,] buscamos otras alianzas y negociamos fondos para nuestros propios proyectos, para empujar lo que nos interesa y lo hacemos entre pares, de manera más horizontal [...]. Para nosotras el arte y el diseño han sido lugares para expresar, investigar, entender mejor las realidades y necesidades de las mujeres, las que están aquí y las que siguen moviéndose. Pero para investigar desde estos lugares hay que bajarse de lo académico y pasar a otro tipo de entendimientos. Nosotras nos preguntamos constantemente cómo entender y acompañar mejor las decisiones de las mujeres, las que están aquí y las que siguen moviéndose, y qué herramientas les sirve a ellas (mantenemos en reserva los nombres de activistas y organizaciones de migrantes con los que trabajamos en Quito, debido al clima de control estatal que existe en Ecuador y que explicamos a lo largo del texto).

Este artículo parte por reconocer los aportes analíticos y políticos que ofrecen las perspectivas migrantes y sus luchas por moverse, establecerse, volver a moverse, recomenzar y reimaginar la vida en localidades que son, a su vez, parte de un amplio entramado de relaciones y conexiones a través de las fronteras. Estas resistencias móviles invitan a: 1) seguir complejizando la noción de “campo” en la investigación social; 2) considerar y examinar

---

\* Doctora en Ciencias Sociales por la Vrije Universiteit Amsterdam, Países Bajos. Actualmente es Profesora Visitante de de la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (FLACSO-Ecuador). Departamento de Sociología y Estudios de Género. Contacto: [rmarthacecilia@hotmail.com](mailto:rmarthacecilia@hotmail.com).

más las interconexiones entre asentamientos y movilidades; 3) reflexionar sobre la producción de conocimiento dentro y fuera de la academia y con diálogos y alianzas que son aún más necesarias en estos momentos en que las agendas autoritarias, nacionalistas, antifeministas y neoliberales se extienden por la región y el mundo, y refuerzan jerarquías, precariedades y violencias.

Por temas de espacio, nos enfocamos sólo en la última idea y proponemos dos reflexiones puntuales. Éstas surgen del proceso de investigación y los hallazgos del estudio que, aunque terminó formalmente a finales de 2024, permitió entablar vínculos, relaciones y afectos para continuar intercambiando ideas, saberes y diferentes colaboraciones con organizaciones de migrantes. Fue así como en febrero de 2025 volvimos a conversar con lxs activistas en Guadalajara y Quito a propósito de las medidas restrictivas adoptadas por Donald Trump al asumir la presidencia de Estados Unidos por segunda vez, y sus repercusiones en las dinámicas migratorias desde y entre países latinoamericanos, y también en el trabajo de organizaciones de migrantes. Las conversaciones se extendieron sobre todo en Ecuador debido a la reelección del presidente Daniel Noboa, en mayo de 2025, su cercanía con las políticas de Trump, y las medidas implementadas en este país andino para reforzar el control migratorio y fronterizo y para “supervisar” el trabajo de organizaciones sociales y de base.

La primera reflexión tiene que ver con los tiempos de las investigaciones empíricas, que no coinciden necesariamente con los cronogramas formales de inicio y terminación de un proyecto investigativo, más aún cuando las tendencias políticas no sólo cambian rápidamente, sino que, además, consolidan un escenario regresionista y políticas crueles que golpean a grupos cada vez más amplios de la población. Esto reta a lxs investigadorxs a involucrarse, solidarizarse y repensar el papel de la academia en estos tiempos hostiles.

Así lo sentimos durante nuestro proyecto, que coincidió con varios hechos de violencia institucional y letal contra mujeres, migrantes y otros grupos racializados, tanto en México como en Ecuador. Aunque buena parte de estos hechos se invisibilizan, otros no, como los asesinatos perpetrados por militares contra seis migrantes en Chiapas, en octubre de 2024, y contra cuatro niños afrodescendientes en Guayaquil, en diciembre del mismo año. Por ello, con la llegada de Trump y el reforzamiento de la criminalización y la violencia contra poblaciones migrantes en toda la región, nuestra respuesta fue ajustar los textos que estábamos escribiendo para dar cuenta de los nuevos escenarios en los que las luchas y resistencias migrantes se desarrollan. Sin embargo, esto no logró apaciguar una serie de dudas e inquietudes. Nos cuestionamos sobre los límites que tiene el lenguaje escrito que todavía predomina en el ámbito académico y resulta poco atractivo y efectivo para activistas migrantes que buscan sensibilizar a públicos que reciben y reproducen discursos xenófobos, racistas y machistas y están acostumbrados al lenguaje audiovisual y los mensajes puntuales de las redes sociales.

Además, a diferencia del trabajo de campo etnográfico, al cual dedicamos tiempos exclusivos y pacientes para conocer, aprender, acompañar y apoyar las actividades de las organizaciones de migrantes, para conversar con lxs activistas y entre las dos investigadoras responsables del proyecto, particularmente en Guadalajara donde trabajamos juntas, el proceso de análisis y escritura se tornó más individualizado y con poco diálogo. Al volver a nuestras respectivas rutinas de trabajo, desde lugares distintos, pero igualmente marcados por los ritmos

desbordados y productivistas de la academia, y las urgencias del día a día, los espacios de conversación y reflexión colectiva se volvieron más difíciles de concretar y mantener. Esta ha sido una de las principales limitantes de nuestro trabajo, que intentamos superar con mucho esfuerzo, proponiendo y abriendo encuentros virtuales para pensar, analizar y construir más colectivamente, desde los intereses diversos que tenemos y las posiciones y miradas entrecruzadas, de académicas y activistas.

Así lo hicimos en un momento de particular turbulencia en Ecuador: el paro nacional de septiembre-octubre 2025. En medio de la criminalización y represión de la protesta social, que significó el despliegue de las “fuerzas del orden” para contener a lxs manifestantes, sobre todo indígenas, campesinxs y personas empobrecida que protestaban contra una política estatal que recorta subsidios y protección social, se detuvo a una docena de migrantes, principalmente venezolanos y colombianos que no participaban en el paro pero fueron acusados por el gobierno de ser “infiltrados” y “presuntos integrantes de grupos criminales” y, consecuentemente, procesados judicialmente. Este episodio nos motivó a escribir un artículo, con dos cabezas y dos corazones, para reflexionar y denunciar las expresiones de odio anti-migrante que se han extendido en Ecuador. Lo hicimos con una activista migrante, venezolana, coordinadora de una organización de mujeres, quien hace poco dejó el país y volvió a migrar, pero aún participa activamente en la organización de Quito, pues en esta ciudad permanece su hijo y sus “hermanas de lucha”, venezolanas y ecuatorianas. Conversamos a la distancia, por la plataforma *Zoom*, mensajes de audio y texto, y de esta manera organizamos y expresamos nuestras angustias, rabias, deseos y esperanzas. El texto fue un esfuerzo por volver a la propuesta original del proyecto, de pensar y analizar colaborativa y afectivamente las realidades y luchas migrantes, aunque, debido al escenario criminalizante y represivo, fue necesario omitir o cambiar los nombres de las organizaciones y de lxs activistas, para salvaguardar su integridad. Es decir, tuvimos que movernos entre la visibilización de las luchas y resistencias migrantes y la clandestinización de lxs activistas y sus organizaciones.

#### *Actor político híbrido, luchas interconectadas y nuevos marcos de análisis*

La segunda reflexión se refiere a uno de los hallazgos de nuestra investigación, al cual no prestamos mayor atención en nuestros primeros análisis. Se trata de la composición de las organizaciones y colectivos de migrantes que encontramos en Guadalajara y Quito, y muestra un actor político híbrido, pero no sólo por el origen plurinacional y pluriétnico de lxs activistas migrantes; las diversas culturas de organización social y política desde las cuales actúan, y su cuestionamiento a nociones tradicionales de ciudadanía ya que son “no nacionales” o “no ciudadanos” quienes protagonizan movilizaciones ciudadanas, como destaca el trabajo de Amarela Varela sobre luchas migrantes. También se trata de un actor híbrido porque, tal como encontramos en nuestro estudio, las redes y organizaciones que se constituyen y definen a partir de experiencias de migración o movilidad humana están integradas tanto por “nacionales” como por “no nacionales” que comparten sentimientos e identificaciones comunes como grupos marginalizados, desprotegidos y extranjerizados. Es el caso de redes que articulan a organizaciones de inmigrantes, refugiadxs y emigrantes que han retornado de manera voluntaria o forzada a sus países de origen y se han juntado para apoyarse mutuamente y abrir espacios de integración y reintegración que los Estados no les ofrece (Alianza Migrante-Ecuador y Alianza por la Movilidad Humana en Jalisco).

Asimismo, colectivos de mujeres que son migrantes internas e internacionales, o familiares de migrantes, y construyen lazos de hermandad a partir de experiencias compartidas de hostilidad urbana —como hipersexualización, acoso, racismo y precarización laboral—, además de la solidaridad y el cuidado mutuo (la Red Caminantas, en Guadalajara, por ejemplo). Estos espacios organizativos problematizan las divisiones rígidas que todavía están muy presentes en instituciones públicas, proyectos internacionales e incluso en la literatura académica. Divisiones entre “migrante”/“no migrante”, “nacional”/“extranjero”, “población migrante”/“población de acogida”, personas “en tránsito”/personas “con vocación de permanencia”.

Desde la literatura crítica sobre las migraciones, no es nuevo el llamado a revisar la categoría “migrante”, que no es una descripción neutral de personas que cruzan fronteras. Esta categoría surge desde la perspectiva dominante de los Estados-nacionales y su preocupación por controlar las movibilidades “problemáticas” y “peligrosas” de poblaciones racializadas y empobrecidas. Por eso se proponen otros conceptos, menos esencialistas y más enfocados en examinar los procesos de fronterización, como el concepto de *migrantización* que va de la mano del de racialización (Alosxa Tudor explica la utilidad de este concepto). De igual manera, algunos autorxs sugieren dejar de estudiar las migraciones y las luchas migrantes como temas y procesos excepcionales y separados y, más bien, analizar cómo diversos procesos de marginalización, precarización y lucha social se articulan entre sí.

En nuestro trabajo, usamos la noción de extranjerización para destacar cómo se producen y naturalizan las divisiones y jerarquías que golpean a migrantes del llamado “Sur Global”, tanto en países del norte como del sur, y la manera en que estos migrantes resisten y luchan colectivamente desde lugares y espacios concretos, como algunos barrios periféricos de Quito y Guadalajara. Pero no analizamos mayormente cómo la extranjerización conecta a migrantes con otros grupos extranjerizados y precarizados, como disidentes sexuales, personas viviendo con VIH y afrodescendientes de varias nacionalidades, incluyendo ecuatorianxs que son parte de las organizaciones que acompañamos en Quito. El paro de 2025 en Ecuador nos llevó a pensar más en estas formas interconectadas de extranjerización, donde se refuerzan tanto fronteras internas como externas. En este paro, los discursos estatales y mediáticos construyeron a lxs manifestantes “nacionales”, indígenas y campesinxs, como diferentes e inferiores (“ignorantes”, “vagxs”), incluso como “enemigos internos” ligados a grupos violentos y criminales. Por ello, el presidente de la república amenazó con “sacarles fuera del país”, de manera similar a lo que su gobierno ha hecho contra “extranjers” vistos como “sospechosxs” y potencialmente peligrosxs, y, consecuentemente, vigiladxs o directamente deportadxs.

Por tanto, hay que reconocer que la extranjerización implica un reforzamiento de diversas fronteras y la estigmatización y precarización de las vidas de amplios grupos de la población, tanto “nacionales” como “no nacionales”, nos invita a examinar más cómo las luchas migrantes se articulan y son parte de otras luchas sociales más amplias.

## **Ética y metodología en contextos violentos: aprendizajes desde el campo en México, Centroamérica, Colombia y Chile**

Cristina Gómez Johnson \*

Desde hace más de una década, el fenómeno migratorio en América Latina, pensado desde la historia y la antropología, ha sido el centro de mis investigaciones. Mi campo de trabajo ha abarcado procesos de movilidad forzada, control fronterizo, desplazamiento forzado interno, refugio, y más recientemente desaparición de personas migrantes. Esta trayectoria me ha llevado a realizar trabajo de campo en escenarios marcados por múltiples formas de violencia, sea institucional, criminal o simbólica. En este sentido, investigar nunca ha sido una actividad técnica ni neutra (Theidón, 2006). En territorios afectados por la desaparición, la impunidad y el dolor social acumulado, cada gesto cobra un sentido particular. Las preguntas que se hacen, los silencios que se respetan, los testimonios que se recogen (o no), las formas de estar presentes. La violencia no se presenta como un objeto externo de estudio, sino como un entramado que atraviesa cuerpos, memorias, vínculos y territorios (Bello, 2006). Quienes investigamos en estos espacios no llegamos desde fuera. Aun sin quererlo, estamos implicadas.

Desde distintas experiencias de campo —como investigadora, haciendo etnografía o acompañando— he aprendido que investigar donde duele requiere no solamente una metodología rigurosa, sino un posicionamiento ético, sensible, comprometido. No basta con cambiar los métodos, hace falta revisar desde dónde y para qué se investiga, qué tipo de relación se establece con quienes participan y qué responsabilidades genera el acto de preguntar, de escuchar y, sobre todo, de escribir. No se trata únicamente de recopilar información, sino entender los contextos en los que se realiza una entrevista o una observación participante, por ejemplo, y si con ello ponemos en riesgo a la persona y/o a la comunidad. Además de las maneras de narrar estos testimonios y sus impactos en quienes son dueñas/os de esa palabra. Esta reflexión surge de esas incomodidades que persisten más allá del terreno. Nace de los silencios en medio de una entrevista, de las dudas que emergen al momento de transcribir, de las conversaciones internas que se reactivan al revisar los apuntes de campo (Da Silva Catela, 2004).

Por ello, es innegable que hay una dimensión ética que atraviesa toda investigación situada en contextos de violencia. No sólo se juega al momento de obtener el consentimiento informado o proteger el anonimato de los entrevistados. La ética se despliega —o se pone en tensión— en cada decisión metodológica, desde la selección de participantes hasta las formas de registrar, interpretar o narrar. En estos escenarios, la relación entre quien investiga y quien comparte su experiencia está marcada por asimetrías, expectativas, desconfianzas y también por afectos. La entrevista deja de ser una herramienta técnica para convertirse en una posibilidad de generar vínculos, que, aunque pueden ser inestables y desiguales, son profundamente humanos.

---

\* Doctora en América Latina Contemporánea por la Universidad Complutense de Madrid, España. Actualmente es Académica de Tiempo Completo en el Departamento de Historia de la Universidad Iberoamericana (IBERO-CDMX), México. Contacto: [cristina.gomez@ibero.mx](mailto:cristina.gomez@ibero.mx).

Durante el trabajo de campo aprendí que el consentimiento no puede entenderse como un acto puntual, materializado por un documento, por un acuerdo bilateral entre quien pregunta y quien responde. En cambio, es un proceso relacional, situado, que se construye a lo largo del tiempo, por eso no se puede hablar de etnografía exprés o de entrada y salida. En el trabajo etnográfico tenemos que contemplar que algunas personas necesitan conversar antes de decidir si hablarán o no (Castro, 2017). Otras, en cambio, lo hacen con claridad, pero días después pueden solicitar matizar o retirar lo que han dicho. En algunas experiencias, hubo quien pidió condiciones muy específicas para autorizar el uso de sus palabras, y también quien prefirió que no quedara registro alguno. Escuchar estas decisiones, respetarlas sin negociar, es parte del ejercicio ético.

Algo similar ocurre con los silencios. En una entrevista marcada por la violencia, el silencio no es vacío. Es una estrategia de cuidado. Es una barrera protectora frente al estigma o a la revictimización. Hay cosas que no se dicen porque duelen, porque comprometen, porque siguen siendo peligrosas para el individuo, su familia y/o su comunidad—incluso para quien recoge el testimonio. Y no decir las es también una forma de resistir. El deseo de obtener el testimonio completo puede llevarnos a insistir, a forzar, a quebrar esa frontera frágil entre lo narrable y lo indecible. Comprender que no todo puede—ni debe— ser dicho es también una forma de cuidado.

Esa tensión entre lo que se dice y lo que se calla revela que la investigación no es sólo una práctica de registro, sino una relación de reciprocidad. Cuando estaba indagando sobre desplazamiento forzado en México, tuve la oportunidad de visitar Ciudad Altamirano, en lo que se denomina Tierra Caliente de Guerrero. No es un territorio sencillo de acceder, pero conseguí hablar con el párroco de la ciudad, quien amablemente me recibió en su parroquia. De manera inocente, pensé que podría realizar algunas entrevistas; no podía estar más equivocada. La tensión en esa región es tan grande que todo es silencio.

El padre Fidencio me propuso visitar otras parroquias de la zona, como estrategia doble: realizar una suerte de observación de la zona y, al mismo tiempo, tener una “coartada” que justificara mi presencia. Durante los desplazamientos en su automóvil, pudimos charlar más sobre lo que sucedía, sin grabadoras ni cámaras, ningún tipo de registro. La cámara que llevábamos era para fotografiar las parroquias, como parte de la iniciativa del padre para hacer un libro. Al salir de la región, ya en mi automóvil, tuve que detenerme en un retén y explicar a diversas “autoridades” las razones de mi visita. La “coartada” del padre Fidencio sirvió para no levantar sospechas y llegar a casa sin mayor daño que el miedo de estar en medio de la nada frente a un grupo de hombres uniformados, pero no identificados que revisaban minuciosamente el coche.

Escuchar, acompañar, observar o callar son también decisiones éticas. A veces, lo que queda fuera del texto—aquello que no puede contarse— dice más sobre el contexto que cualquier cita transcrita. Asumir esos límites del conocimiento implica entender que investigar no es poseer la verdad del otro, sino cuidar el vínculo que la hace posible. Pero no es fácil. Como investigadora, una también se posiciona desde un deseo: comprender, acompañar y producir conocimiento que pueda ser útil. Y en esa aspiración se cuelan expectativas que a veces chocan con los límites del otro. Investigar en medio de la búsqueda de personas desaparecidas y del miedo implica aceptar la frustración, la incertidumbre, y la tensión constante entre lo

que se espera y lo que realmente ocurre. El campo no es sólo un territorio físico, sino también una experiencia que marca, que incomoda, que transforma. Reconocer el cuerpo afectado implica admitir las condiciones materiales y políticas que lo atraviesan: precariedad, miedo, violencia institucional.

Durante el trabajo de campo que realicé en la frontera de Chile con Bolivia, una de las personas con las que conviví me comentaba cómo su cuerpo había cambiado, no sólo por la alimentación, sino por el estrés continuo al que estaba sometida. Notaba un aumento de peso, constantes dolores de espalda baja, migrañas, una tensión constante en los hombros y cuello. Este relato era también un recordatorio: no hay distancia posible cuando la investigación ocurre en territorios amenazados. Esa escucha situada nos recuerda que la investigación no se hace desde la distancia, sino desde la implicación: un intercambio donde también nos transformamos. Esa no-neutralidad se vive también en el cuerpo. En los trayectos, en los espacios de espera, en las rutinas alteradas por la tensión. Desde ahí la ética no es sólo reflexión, sino respuesta situada.

Las condiciones de trabajo en entornos de inseguridad o represión intensifican la percepción de vulnerabilidad —de quienes participan y también de quienes investigamos— y generan afectaciones que no desaparecen al salir del terreno. Por eso, investigar en esos contextos exige construir estrategias de autocuidado —apoyo psicoemocional—, de contención colectiva —intercambiar con el equipo las sensaciones y emociones que surgen después de cada jornada—, de pausas necesarias. Entender la afectación no como una fragilidad individual, sino como parte de una práctica que nos atraviesa, es clave para sostener el trabajo sin romantizar el desgaste ni invisibilizarlo. Hablar de ética sin hablar de cuerpos, de emociones, de límites —de quienes investigan y de quienes colaboran con sus testimonios—, es perder una parte central del problema. Nosotras también nos cansamos, nos enojamos, nos sentimos impotentes o tristes. Nombrar esa afectación forma parte de una ética que cuida a todas las personas involucradas. La investigación colaborativa requiere construir lógicas de cuidado mutuo: quienes participan con su palabra y quienes escuchamos y escribimos. Ninguna de las partes sale inmune de las afectaciones que implica investigar en y sobre contextos violentos.

Así como el cuerpo guarda marcas del campo, la escritura también las traduce. Es en la página donde esas experiencias se transforman en lenguaje, donde se decide qué se muestra y qué se resguarda. Escribir después del campo es otra forma de estar en él. Implica volver a escuchar, volver a mirar, pero ahora con la responsabilidad de no traicionar lo compartido. La escritura no es, por tanto, sólo el resultado del trabajo de campo. Es otro territorio donde se juega la relación con el testimonio —y el testigo. ¿Cómo narrar sin apropiarse? ¿Cómo respetar los silencios en el texto? ¿Cómo evitar que la urgencia de “dar a conocer” reproduzca las lógicas de exposición que tantas veces han vulnerado a quienes ya han sido silenciadas? A veces, escribir con ética implica dejar cosas fuera. Cambiar nombres. O simplemente aceptar que hay historias que no deben publicarse. Escribir, entonces, no cierra el proceso: lo prolonga. Cada texto abre nuevas preguntas sobre a quién pertenece lo dicho, para quién se escribe y qué sentido tiene hacerlo.

Durante el trabajo de campo en San Salvador realizamos talleres para jóvenes con intención de migrar, donde hablábamos tanto de los requisitos formales para transitar México, como

de experiencias de quienes habían realizado el recorrido en tren —La Bestia—. No se trataba de desmotivar, sino de ofrecer información suficiente para tomar decisiones informadas. En esa ocasión no era posible realizar una devolución a quienes habían dado su testimonio, así que la orientamos hacia quienes estaban intentando decidir si partir o no. Fue una forma distinta de responder éticamente al vínculo.

Devolver no es un acto de cortesía, sino un compromiso, una forma de reciprocidad y de cuidado hacia quienes sostuvieron la investigación con su tiempo y su palabra. Es también una manera de devolver al trabajo académico su objetivo social: producir conocimiento que sirva. Cuando existen posibilidades de compartir hallazgos o herramientas con quienes participaron, pueden abrirse espacios de reflexión colectiva, reconocimiento mutuo o fortalecimiento organizativo. La devolución permite corregir malentendidos, ajustar lecturas y restituir algo del tiempo que las personas ofrecieron a la investigación. En contextos sensibles, devolver es también una forma de resistencia ante la tendencia de capitalizar la palabra ajena.

Todo esto no agota las preguntas éticas, apenas las desplaza hacia otros momentos del proceso. Después del campo y de la escritura, permanece el desafío de sostener lo aprendido, de no olvidar lo que el vínculo enseñó. ¿Desde qué lugar investigamos y con qué propósito? ¿Qué tipo de relación establecemos con quienes participan? ¿Qué responsabilidades se abren al preguntar, escuchar y escribir sobre sus experiencias? Sé que estas reflexiones no son nuevas. Han sido pensadas, vividas y escritas por muchas otras investigadoras antes y ahora. Pero justamente por eso merecen seguir siendo contadas, porque no hay recetas, porque cada experiencia exige nuevas preguntas, porque la ética no se resuelve, sino que se practica.

## Referencias

Bello, M. (Ed.). (2006). *Investigación y desplazamiento forzado*. REDIF; Colciencias.

Castro, Y. (2017). Etnografías de la violencia: dilemas para hacer y pensar las etnografías en zonas de guerra, violencia y conflicto. In Y. Castro & A. Blázquez (Coords.), *Micropolíticas de la violencia: reflexiones sobre el trabajo de campo en contextos de guerra, conflicto y violencia* (pp. 57–67). LMI MESO.

Da Silva Catela, L. (2004). Conocer el silencio: entrevistas y estrategias de conocimiento en situaciones límite. *Oficios Terrestres*, (15/16), 42–54.

Theidon, K. (2006). Hablar en el terror: trabajo de campo en medio del conflicto armado. In M. Bello (Ed.), *Investigación y desplazamiento forzado: reflexiones éticas y metodológicas* (pp. 56–72). REDIF; Colciencias.

## **Política Editorial**

### **Boletín (Trans)fronteriza Grupo de Trabajo CLACSO Migraciones y Fronteras Sur-Sur**

**(Trans)fronteriza**, es una publicación bimestral del Grupo de Trabajo CLACSO Migraciones y Fronteras Sur-Sur.

#### ***Enfoque***

(Trans)fronteriza se propone reunir textos sobre las diversas problemáticas fronterizas contemporáneas, preferencialmente en torno a movilidades, identidades, luchas, narrativas y comercios en América Latina y el Caribe.

#### ***Envíos***

Son bienvenidos textos sobre la coyuntura actual para la sección artículos de opinión; así como reseñas bibliográficas y de materiales visuales. Las colaboraciones deben ser enviadas por correo electrónico a los coordinadores de cada número o a través del correo [transfronteriza.clacso@gmail.com](mailto:transfronteriza.clacso@gmail.com). Las personas interesadas deberán enviar el texto en formato Word o RTF, y en el caso de incluir gráficas, cuadros y tablas, éstas deberán enviarse en la paquetería en la que fueron creadas.

#### ***Instrucciones para coordinadores/as***

- a) La extensión máxima de cada Boletín debe ser de 15 000 palabras.
- b) Los coordinadores/as de cada número serán responsables de la revisión, corrección y edición de los textos incluidos en el Boletín.
- c) El comité editorial se encargará de aplicar los términos de la Política Editorial y dará seguimiento y acompañamiento a los coordinadores/as del número en cuestión.
- d) Los envíos que no cumplan las condiciones estilísticas y bibliográficas establecidas deberán ser devueltos a los autores/as.

#### ***Instrucciones para autores/as***

Sólo serán considerados los textos que cumplan las siguientes normas editoriales:

- a) Para la sección artículos: ser textos escritos en español y/o portugués. Con una extensión mínima de 1000 palabras y la máxima de 2000 palabras. Tipografía: Times New Roman 12 puntos, interlineado sencillo, papel tamaño carta;
- b) Para la sección reseñas bibliográficas y/o visuales: ser textos en español y/o portugués con una extensión mínima de 500 palabras y máxima de 1000 palabras. Tipografía: Times New Roman 12 puntos, interlineado sencillo, papel tamaño carta;
- c) En ambos casos, incluir en la primera página la siguiente información: título del trabajo en máximo 15 palabras; nombre del autor/a; último grado cursado y la institución que lo otorga, indicar la adscripción institucional y el correo electrónico

de contacto. Aclarar si es miembro del GT CLACSO Migraciones y fronteras Sur-Sur.

- d) Todos los textos, al ser de carácter divulgativo no deberán incluir las notas al pie de página ni referencias bibliográficas. Ello no significa que el texto no será revisado para evitar prácticas deshonestas e indebidas como el plagio.
- e) Las imágenes utilizadas deben contar con buena resolución/calidad (300 dpi). Las mismas deben estar autorizadas o no contar con restricciones de permisos de uso y publicación.
- f) Se devolverán a las autoras/es aquellos envíos que no cumplan las condiciones estilísticas y bibliográficas establecidas.

### ***Proceso de revisión***

- Para que un texto pueda ser considerado publicable, primero se verificará que cumpla con los requerimientos de forma antes señalados.
- Posteriormente, los manuscritos serán revisados por algunos miembros del comité editorial para evaluar su pertinencia.
- Finalmente, los resultados de la revisión se comunicarán a los coordinadores/as a través de correo electrónico.

### ***Convocatoria***

- Es bimestral y se comunicará la temática a través del Boletín previo a cada número, así como por correo electrónico.

Ponte en contacto con nosotros a través del siguiente email:  
[transfronteriza.clacso@gmail.com](mailto:transfronteriza.clacso@gmail.com).

*Las opiniones e ideas expresadas por los autores/as son de su exclusiva responsabilidad y no reflejan la postura de los editores/as del Boletín (Trans)fronteriza.*

**Atentamente  
Comité Editorial**